

IV. Panorama: un calidoscopi

El rostro detrás del movimiento

Palabras sobre creadores de danza contemporánea catalana

Sonia F. Lage

Comissària de l'exposició *El rostro detrás del movimiento*

Un ecosistema es un sistema formado por una comunidad natural de seres vivos y su ambiente físico. Está compuesto por un conjunto de espacios concretos donde cada individuo desempeña una función dentro de esta gran estructura. Esta definición básica de ecología se podría extrapolar a la comunidad que representa la danza contemporánea catalana, formada por cada una de las personas que trabajan en ella cada día y la sostienen. Dentro del sinfín de relaciones posibles de este entramado artístico, se propone a continuación un acercamiento personal al ecosistema de la danza contemporánea desde

los blindados microcosmos que representan algunos de sus coreógrafos en su hábitat natural, el movimiento.

Diferencias, geometrías y asimetrías en los creadores y en sus retratos escritos que tratan de definir la cara más íntima de la danza contemporánea en Cataluña: los orígenes, la personalidad y el espíritu creador de las personas que están detrás del movimiento. A través de treinta y nueve textos (treinta y siete creadores y dos colectivos) trata de realizarse un modelo significativo de la riqueza de estilos, trayectorias y realidades que conforman el amplio abanico de la danza contemporánea.

nea catalana. Son personas que a través de sus creaciones han dibujado los ochenta, los noventa y las nuevas tendencias después del 2000. Artesanos y artesanas, repensadores del movimiento que hacen que la danza esté en continua evolución. No se puede obviar que estos artistas constituyen trazos de un mismo pincel pero que todos forman parte de un cuadro inmenso, latente en los escenarios. Se propone una panorámica a vista de pájaro hacia algunos de estos espacios individuales que conforman el sistema vivo de la danza contemporánea, siendo todos ellos piezas fundamentales para hablar sobre la historia de la danza en Cataluña.

Los relatos que se presentan a continuación no son historias de danza, son historias de personas que bailan. Son retratos escritos que definen rostros detrás de la creación, la inquietud o la búsqueda de la expresión. Son miradas personales sobre movimientos imposibles.

Tomás Aragay

Sonriente y cercano, es un enamorado de la magia del teatro, de la fantasía a la que puede transportar al público más allá de la realidad en la que vivimos. Un provocador de sorpresas, un catalizador del juego de lo que sucede en escena y es efímero. Amante también de la danza, a la que descubrió cuando aún era estudiante de Dirección y Dramaturgia en el Institut del Teatre de Barcelona y se dejó seducir por la libertad y naturaleza abstracta de este arte que no encuentra en el teatro.

Del colectivo General Elèctrica de Espectáculos a la compañía Doctor Alonso, este artista es intérprete, dramaturgo, director de escena, estudiante de filosofía y un gran amante del cine; disciplina que también es su profesión, para el que inventa guiones que

hablan de historias enfocadas hacia las relaciones humanas.

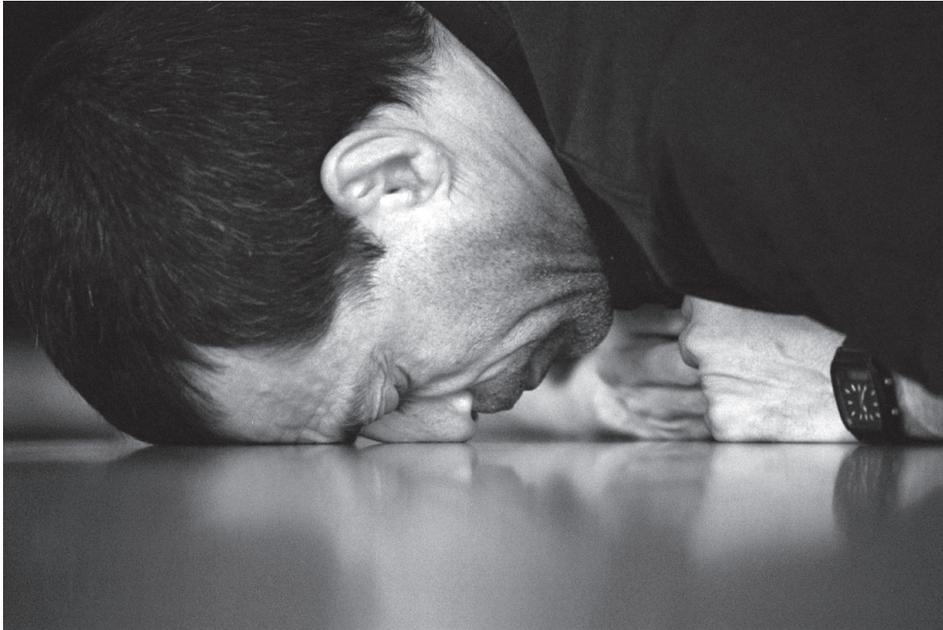
Este proceso de aprendizaje le ha llevado, a través de los años, a un cambio formal en la configuración de sus piezas. Desde los retratos biográficos de sus inicios, «como documentales en los que hablaba de lo que le pasaba a la gente», se distancia de las particularidades del ser humano para construir una ficción más allá de lo cotidiano, haciendo hincapié en el no-conflicto, el silencio y la soledad del individuo. «Crear situaciones donde los personajes que están en escena siguen recorridos lineales independientes, cruzándose, pero no hay un conflicto a solucionar ni una razón». Esta tranquilidad que también persigue en su día a día es resultante de un depurar paulatino tras largos años de experimentación. Pero sus obras siguen estando salpicadas con dosis de humor propias de su carácter.

Es un gran conocedor de su trabajo, al que somete a una exhaustiva autocrítica. No duda en reconocer tanto los aciertos como los fracasos. A través de ellos no pretende cambiar la forma de pensar de nadie, simplemente emocionar. «Que el espectador cuando entre en el teatro se olvide de la realidad, y acceda a una ficción y la acepte, y salga tocado por algún sitio. Si por algún lugar le puedes cambiar la vida es por la emoción.»

Lydia Azzopardi

Desprende una sinceridad abrumadora. Sofisticada, intuitiva y amante de la belleza. Se trata de una mujer con numerosas facetas que puede llegar a ser la antítesis de sí misma. «Mi movimiento es muy rápido o muy lento», pero no puede estarse quieta.

Su naturaleza nerviosa la empujó con diez años al baile. Aunque reconoce que podría haberse dedicado a cualquier otro arte, la



■ Andrés Corchero en un assaig.
(Manu Trillo)

danza le salvó la vida. Pasó la adolescencia sumergida en la revolución cultural que se gestó en Londres entre los sesenta y los setenta. Perteneció a una sociedad marcada por la música rock, la moda, las discotecas y la vida en la calle. Condicionantes que le han trazado una línea de pensamiento y forma de trabajar a las que nunca ha renunciado.

«Soy de una generación que hemos trabajado mucho y tengo un gran respeto hacia esta profesión». Rotundidad y aplomo en unas palabras que dejan entrever a una artista que sabe lo que es luchar por este oficio. Para ella «la danza es técnica y tener un buen instrumento. Si no tienes control técnico no puedes manejar tu cuerpo». Demuestra y aporta mucho rodaje tanto de escenario como peda-

gógico y coreográfico cuando llega en 1980 a Barcelona. En aquellos momentos la ciudad estaba despertando a la danza contemporánea y había un gran desconocimiento que combinaba con las ganas de aprender de unas personas que sentaron las bases de esta disciplina.

La excusa que la hizo quedarse surgió a raíz del encuentro con Cesc Gelabert. Su primera pieza vio el escenario en 1981 y de ahí siguieron colaborando hasta el nacimiento de Gelabert-Azzopardi Companyia de Dansa en 1985.

Con la dinámica de los años cada uno ha asumido un rol determinado. Aunque ambos son codirectores artísticos, ella cada vez está menos interesada en el aspecto coreográfico.

EL ROSTRO DETRÁS DEL MOVIMIENTO

LA CARA DE LA DANSA CONTEMPORÀNIA, BARCELONA

ESPAÑAS PER AL
DESENVOLUPAMENT
DE LES ARTS



*Per què una idea sorgida del no-res es converteix en el centre de la teva vida?
Per què aquesta idea i no una altra?*

*Un projecte neix de la inquietud, de la curiositat i de la innocència que flueixen en una tarda qualsevol
d'hivern. Però després cal dedicar-hi temps i esforç per modelar-lo, transformar-lo i fer-lo real.*

Fotografia i paraules s'uneixen per mostrar la cara més íntima de la dansa contemporània a Barcelona: els rostres: la personalitat i l'esperit creador de les persones que són darrere del moviment.

"Rostres amb paraules", "Reflexions sobre dansa" i "Video són les tres parts que componen l'exposició El rostre darrer del moviment. Cadascuna de les tres parts ha anat creixent a mesura que els artistes accedien a participar en aquest viatge deixant-nos el seu rostre, regalant-nos les seves paraules i compartint la seva forma d'entendre aquest art: les seves inquietuds i somnis i alguns detalls del seu caràcter. És un projecte que no es centra en les companyies: sinó en les persones que són darrere i dediquen la seva vida a la dansa, fent que estigui en contínua evolució: submergint-se en la seva essència, el moviment.

Artistes, artesans i artesanes, creadors que han dibuixat els vuitanta, els noranta i les noves tendències després de 2000. S'ha tractat de fer un model significatiu de la riquesa d'estils, trajectòries i realitats que configuren l'ampli ventall de la dansa contemporània a Barcelona. Pas a pas l'exposició



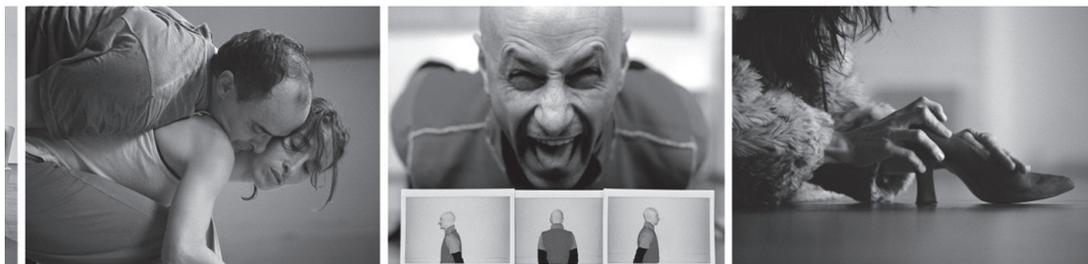
Se decanta hacia el tratamiento de la imagen, diseño de vestuario y, en definitiva, a supervisar el concepto estético de la compañía además de asistir a Cesc coreográficamente y colaborar con los asuntos de producción desde la oficina. Encuentra limitado asumir ser coreógrafa al tener otros intereses que siempre se le han cruzado como tormentas de ideas. La moda, el estilismo, las artes plásticas, el cine y sobre todo la música que le arranca el movimiento.

Ramón Baeza

Un catalizador de energías. Un perfeccionista amante de la estética y la belleza corporal. Un hombre que nunca tuvo miedo de dejarse llevar por su intuición y lanzarse a los riesgos, defendiendo la búsqueda de la sensibilidad no verbal.

En la ciudad de Valencia, durante la adolescencia, se quedó cautivado por la danza. Desde que sus ojos se clavaron en el movimiento decidió tomar este arte como opción de vida. A los dieciocho años se marcha a París, donde alterna entre su formación y la puesta en práctica sobre los escenarios, motivado por su fuerza y presencia frente al público, «encontré el hecho escénico antes que la técnica». Después de estar sumergido en la realidad profesional, vuelve a Barcelona para formalizar sus estudios en el Institut del Teatre. Pero atacado de nuevo por la necesidad de distanciarse de su cultura y su entorno, hizo las maletas rumbo Nueva York.

«Yo soy contemporáneo de carrera, pero la inmediatez orgánica y visceral que tiene como lenguaje el flamenco a veces le falta a la danza contemporánea». El hecho de ser inmi-



s viatjarà per diverses regions del país, per oferir una mirada
i, sobre la riquesa del patrimoni de la dansa barcelonina.

n No es pot obviar que aquests artistes constitueixen alguns
; dels traços d'un mateix pinzell i que tots formen part d'un
t, quadre latent a la ciutat. El llenç pintat de la professió de
p la dansa guanyarà en colors, formes i textures a mesura
t que continuem introduint-nos en la seva història. El propòsit
t següent a llarg termini serà parlar dels inicis, de les
s persones que van introduir la dansa contemporània durant
u els setanta i que amb la seva aportació coreogràfica i
i, pedagògica van assentar els fonaments de tota una
a generació d'artistes.

t *El rostre darrere del moviment* és un anhel, una intenció,
t un apropament d'incalculable valor al costat més personal
t dels artistes i dels processos creatius que donen lloc a les
t seves obres. D'aquesta manera, tracta de ser una eina de
t reflexió, no només per a la gent relacionada amb les
t nombroses branques de la dansa, sinó també per a
t ll persones implicades amb qualsevol gènere artístic. Aquest
ó projecte pretén quedar-se més enllà dels escenaris, objectiu

final de l'art escènic, mostrant els diferents camins de
creació que parteixen de l'interior d'aquests artífexs i donen
lloc a l'evolució de les seves expressions, sempre marcades
per les experiències de vida. Perquè pensem que només
amb el coneixement es pot arribar a valorar i entendre la
magnitud de les creacions artístiques.

El rostre darrere del moviment també es podria anomenar
el rostre darrere de la creació, la inquietud o la recerca.
El rostre darrere d'una necessitat: l'expressió. En aquests
cas, l'expressió es revela a través del moviment.

Sonia F. Lage

FITXA TÈCNICA

Idea original: Sonia Fernández Lage i Manu Trillo
Entrevistes: Sonia F. Lage
Fotografies: Manu Trillo
Edició de vídeos: Sonia F. Lage i Manu Trillo
Assistent de fotografia: Fernando Ramírez
Correctora estilística: Núria Carballeira
Disseny i instal·lació: Pietro Cobalchini, Maher H. Elias
Alibec i Valentin Trillo

Rostres amb paraules: Tomás Aragay, Lydia Azzopardi, Ramón
Baeza, Mercedes Boronat, Inés Boza, Constanza Brncic, Marta
Carrasco, Susana Castro, Montse Colomé, Andrés Corchero, Jordi
Cortés, Álvaro De la Peña, Ana Eulate, Alexis Eupierre, Sergi
Fautino, Beatriz Fernández, Juan Carlos García, Cesc Gelabert,
Sonia Gómez, Mar Gómez, Roberto G. Alonso, M^a Angeles G. Angulo,
Mario G. Sánchez, Emilio Gutiérrez, Liji Hernández, Pepe Hevia,
Francisco Lloberas, Carlos Mallot, Angels Margut, Toni Mira, María
Muñoz, Rosa Muñoz, Damián Muñoz, Mónica Muntaner, Teresa
Navarrete, Thomas Noone, Sol Picó, Pep Ramis, María Rovira, Carlos
Salas, Ricardo Salas, Montse Sánchez, Sílvia Sant, Marina Serrano,
Artur Villalba, Andrés Waksman.

Comissariat: Sonia F. Lage

Coproducció: Institut del Teatre de Barcelona i Associació de
Professionals de la Dansa de Catalunya.

El rostre darrere del moviment es va inaugurar el 28 d'abril del
2004 a la seu de l'Institut del Teatre de la Diputació de Barcelona.

El rostre darrere del moviment, copyright 2004
detrasdelrostro@yahoo.es

grante durante varios años le hizo sentir sus raíces, orígenes y el folclore que dejaba atrás de una manera más profunda. La posibilidad de proyectar sus inquietudes dancísticas surge con la frescura de una primera pieza junto a Montse Sánchez, que provenía de la danza española y flamenca. Una fusión de dos personalidades, «uno diseña y el otro borda», de dos estilos que combinan los recursos del contemporáneo con un lenguaje temperamental que sacude directo al estómago. Una compenetración de la que nace *Increpación Danza* en 1991 y que marcó un cambio en su trayectoria artística.

«Encontré mi camino más como director escénico que como bailarín». Todo lo que había hecho en su vida había estado enfocado a bailar, pero la pasión empezó a desvanecerse. Abandonó los escenarios para situarse detrás

del telón de este grupo, que abrió otra puerta a la danza. Valentía y coraje que desprende un hombre que se regaló otra posibilidad con una sonrisa. Desde un nuevo lugar busca un rigor absoluto en el trabajo, donde se apoya en su habilidad para el trato con las personas y sobrellevar los condicionantes de mantener una compañía. Intereses que se complementan con la arquitectura y la escultura que promueven un espíritu analítico, buscador de líneas.

Mercedes Boronat

En El Palacete de la Boro, centro artístico de las calles de Poble Nou, encontramos a esta bailarina, pedagoga y directora de escena. Promovido por la artista, se trata de un espacio donde puede dar rienda suelta a su

ingenio: «Surge de la necesidad de un espacio privado e íntimo para poder desarrollar mi manera de ver la danza y evitar que factores externos estén dirigiendo lo que tengo que hacer». Allí se siente completamente libre, «es mi casa de trabajo». Pero para llegar hasta aquí ha recorrido un largo camino desde una niñez al lado de la danza, hallando en este arte lo que no encontraba en el día a día, la vida en su esencia.

Centra sus estudios en el Institut del Teatre de Barcelona y, al acabar, empieza rápidamente a componer. Sus piezas se han vestido con el nombre de la compañía Satsumas, pero la mayoría de las obras han sido de creación independiente. Ha experimentado momentos muy diferentes como coreógrafa, donde su evolución se ha concretado, por una par-

te, en una mayor confianza en sí misma y en su trabajo: «Ahora tengo más seguridad y soy capaz de reírme de mis errores». Y por la otra, en que ahora siente las obras en vez de pensarlas: «Lo que sientes es verdad, y lo que piensas sólo una proyección».

Su manera de elaborar piezas, cercana al teatro-danza, está impregnada de una gran vitalidad y energía, como el optimismo que ella misma desprende. Retrata vivencias propias y ajenas, en las que indaga con suma curiosidad, utilizándolas como vehículo para expresar sensaciones. Es esta curiosidad por la vida su principal guía de trabajo, la cual, unida a la música, el teatro y la pintura, la arrastra diariamente a idear mundos paralelos. Después de tantos años le gusta seguir aprendiendo de lo que hace y, sobre todo, seguir compartien-



do conocimiento con sus alumnos y alumnas, satisfaciéndole enormemente el ver cómo estos evolucionan y maduran.

Inés Boza

«La danza llevada a la sencillez máxima de un movimiento sería el latido del corazón, que es el ritmo binario de la vida». El corazón se une a la pasión que desborda una mujer que le entregó muchas horas de niña al baile, en las fiestas y en las verbenas, pero cuya formación más rigurosa vino más tarde. Quizás por eso, para ella, la esencia de la danza como arte escénico o placer es la misma.

Fue combinando los estudios de la carrera de Derecho con una formación en danza ecléctica, pasando por diferentes técnicas,

incluido el teatro. Pero la vida la fue llevando hacia un cambio de rumbo, donde unas puertas se abrieron y otras se cerraron. En una de las que se abrió apareció el que sería su compañero de juegos en la creación y con el que compartiría muchos años entregados a la escena: Carles Mallol, al que se unió para formar la compañía Senza Tempo en el año 1991.

En estos años han desarrollado un lenguaje escénico, físico y poético en la línea del teatro-danza, inventando obras tanto para el aire libre como para espacios cerrados. Creaciones que plasman la naturaleza y el movimiento de los seres humanos, con sus miedos y frustraciones; que hablan a través de metáforas de la vida y se expresan por medio de la asociación del movimiento, las palabras,

L'OSTRUCH
SALA D'EXPOSICIONS

**EL ROSTRO
DETRÁS DEL
MOVIMIENTO**

LA CARA DE LA DANSA CONTEMPORÀNIA,
BARCELONA

del 7 al 30 de setembre del 2007

Ajuntament de Sabadell

L'OSTRUCH SALA D'EXPOSICIONS

Carrer de Sant Isidre, 140.
08208 Sabadell.
Telf.: 93 717 25 71.

estruch@ajsabadell.cat
<http://www.ajsabadell.cat>

SALA D'EXPOSICIONS:
Carrer de l'Agricultura, 88.
08208 Sabadell

Horari:
De dijous a dissabte de 18.00 h a 21.00 h.
Diumenges i festius de 11.00 h a 14.00 h.

Visites comentades per a escolars i grups.
Cal concertar hora.
Entrada gratuïta

DISENY GRÀFIC: Tereixa Andreu

el humor y los objetos cotidianos. De esta forma nace un orden invisible en los espectáculos, pero siempre con la suficiente libertad para seducir al público y hacerle entrar en un universo que puede recorrerse por un sinfín de sendas.

Es una hacedora de puzles. Le encanta escribir los guiones de las piezas antes de hacerlos girar, aunque finalmente muchos de ellos se queden en un cajón olvidados. Encuentra en la literatura y la fotografía sus fuentes de inspiración. «La fotografía para mí es un arte que es capaz de robar un momento conservando la magia. De alguna manera nosotros también hacemos lo mismo, intentamos robar un momento de verdad, de intimidad, de espontaneidad y hacer que siga vivo en el escenario.»

Constanza Brncic

La timidez se esconde sutilmente detrás de una tierna sonrisa y deja paso a una mujer que, caminando con fuerza y sin prisas dentro de la danza, vive su opción de forma flexible y abierta a cambios de rumbo. «Me gusta mucho investigar e ir poco a poco y si surge algo hacerlo con tranquilidad, soy consciente de que hay cosas mucho más importantes, por lo que a lo mejor mañana decido hacerme bióloga, que es otro campo en el que tengo mucho interés».

Sus pasos han estado cerca de la música y el movimiento desde que era una niña pero, con el correr de los años, y después de ir buscando y probando diferentes maneras de expresarse, la danza fue ganando importancia. Aún así, siempre ha conservado un estrecho vínculo con los músicos, sobre todo en el trabajo de cara a la improvisación, siendo éste uno de los terrenos donde más cómoda se siente.

La creación, ese juego continuo por descubrir nuevos estímulos que no se encuentran

en la vida cotidiana, la ha llevado hacia la elaboración de piezas en solitario. Para la composición de estos solos la guían imágenes, inquietudes o preocupaciones que trata de que surjan de una forma muy física a través de su cuerpo, más cerca de la abstracción que de la narrativa. Para ella es esencial «preguntarse continuamente qué es el cuerpo, cuál es su relación con el entorno, cómo lo habita y cómo expresa sus cambios... La pregunta sobre el cuerpo y su poética es la danza».

Sus curiosidades son muchas dentro de la creación, siendo la composición el campo que más le interesa investigar. «Buscar estrategias para que un movimiento pueda ser muy preciso pero a la vez esté vivo, sin que se vuelva formal o mecánico». Intenta que esta magia siempre esté presente en el movimiento que ofrece, que el gesto sea honesto y poder hacerlo suyo en cada momento como el sinfín de pequeños movimientos que continuamente desprenden el imaginario de sus manos.

Marta Carrasco

Una libreta con tapas rojas esconde un universo de palabras, instantes, trozos de vida, recortes de muerte... Otra libreta de rojo desgastado muestra una vida paralela a la obsesión en la que se convierte un proceso de creación... Cada libreta roja regalada para una pieza, donde las hojas son el resultado del imaginario y la profunda búsqueda de esta artista. ¿Qué busca? Un lugar dentro del espacio donde poder expandirse, apartada de las corrientes contemporáneas con las que no se identifica y de aquellas que definen su trabajo como danza-teatro, al no haber surgido ninguna otra clasificación en la actualidad de la danza... ¿Qué busca?... Vivir haciendo lo que ama.

«Cuando vi por primera vez una clase de

danza tenía 18 años y nada más verla pegué un grito interno y me lancé de cabeza». Dejó de acariciar el piano para entregarse al movimiento de todo el cuerpo, alimentado por la inquietud que siempre la ha acompañado.

El paso de intérprete a creadora lo da a raíz de empezar a estudiar teatro: «Necesitaba que me contasen algo más y me di cuenta que una cosa sin la otra no tenía sentido». De este encuentro nace su primera obra en el año 1995 e inmediatamente forma su propia compañía, la Cia. Marta Carrasco. En un principio, la necesidad de estar consigo misma la conduce a elaborar piezas en solitario, que define como procesos terriblemente duros; pero aún hoy en día sigue teniendo el valor para adentrarse en la piel de los personajes inventados para esas obras. Del solo pasó a poner en escena a grupos, amalgama de actores y bailarines, apasionándole trabajar con directores de escena. Pero le es imposible ver sus obras representadas, por lo que siempre se esconde tras los elementos de la escenografía, protagonistas en sus espectáculos.

Sus obras tocan las emociones desde lo bello de las imperfecciones inherentes al individuo. Obras que se nutren tanto de otras artes, como de «una señora anciana debajo de mi casa o de cómo trabaja un cocinero o de una simple polea». Ella mira... todo lo que la rodea cada vez con menos miedo... mira la vida... tratando de capturar... ráfagas de humanidad.

Montse Colomé

De actitud paciente, permeable. Se rebela contra el hermetismo de género en pos de un imaginario en el que la danza no puede definirse como algo concreto. «Yo creo que la danza son muchas cosas, pero en general la tenemos etiquetada, hay gente que piensa que la danza tiene que ser de una manera concre-

ta, sujeta a una estética y a unos cánones». De ahí viene su incapacidad para encasillar formalmente su baile. Tras haberse nutrido de diferentes estilos, tendentes a una rítmica temperamental y con carácter, se enriqueció, desde que era una niña, con el folclore catalán. Luego vino el clásico, el flamenco y el baile español, especialización, esta última, que tomo cuando estudiaba en el Institut del Teatre de Barcelona. Hasta el jazz y contemporáneo.

Prematura. Siempre ha tenido la sensación de haber ido a destiempo en la vida, «nacé antes de tiempo, para dedicarme a la danza». A pesar de ello nunca ha dejado de reivindicar la danza, tratando de construir su propio hueco.

Sencilla, observadora, intimista. Esta mujer se deleita con el transitar humano y es capaz de rescatar un cuerpo bailando desde un acto tan sencillo como saltar para cruzar un charco, porque para ella la danza está completamente integrada en nuestra cotidianidad. Por esta razón se disgusta al reconocer que «no estamos educados a escuchar el cuerpo, no se le impulsa para bailar o expresarlo libremente, tenemos muchos miedos corporales».

Ha hecho una infinidad y muy variopintos trabajos como coreógrafa, casi todos por encargo, tanto para los escenarios como para la televisión. Sin embargo, reconoce haber dedicado más tiempo a su labor como docente que a desarrollar sus propios proyectos. Pero cuando se enfrenta a uno «es porque necesito explicar algo que me está pasando en el momento que estoy viviendo y no hurgo demasiado en el pasado [...] Busco historias que le pueden pasar a cualquier persona.»

Andrés Corchero

Observa, percibe y escucha lo que parece inexistente. Entre sus palabras regala, una

tras otra, sonrisas encubiertas. De pronto se detiene y vuelve a empezar. No le gusta perder el tiempo, pero tampoco se apresura.

Natal de Puertollano (Ciudad Real), sus primeros contactos con las tablas se producen después de la mili con veintiún años, a través del teatro y del mimo contemporáneo. Buscaba realizar un trabajo corporal, pero confiesa con ironía que nunca estuvo en una clase de danza. Se adentra en el movimiento conducido por la danza butoh hipnotizado por unos cuerpos tan expresivos con movimientos casi imperceptibles. Esta inquietud le transporta a Oriente, dando saltos durante varios años entre el circuito barcelonés y el japonés. Pero poco a poco, como le gusta hacer las cosas, como un soplo de brisa que pasa desapercibida, construye su hueco en Barcelona.

Solitario e independiente, un día se tropieza con Rosa Muñoz, y acaban formando la compañía Andrés Corchero-Rosa Muñoz, en 1994. Es una peculiar relación profesional que comparte con flexibilidad, al necesitar «poder mantener mi personalidad como creador».

Un alma cargada de misterios, como el aura que envuelven a sus espectáculos. Un compositor escénico sugerente más que explicativo. Un bailarín que busca subrayar una sensibilidad a flor de piel. En la oscuridad de la sala del teatro, es en el interior del espectador donde han de tomar cuerpo las imágenes que esculpe. Imágenes más que movimientos, que forman parte de un sueño inventado en el que acompaña al público en todo momento. «Creo que en la danza tiene que existir un vínculo físico muy fuerte entre la persona que observa y el bailarín, eso está por encima de las formas».

Las personas con anomalías corporales inundan su receptividad. Desequilibrios donde el espectador ha de moverse internamente

por la incesante provocación de energía. «Intento que pasen por mí el máximo número de personas, cosas y animales posibles, que mi cuerpo continuamente se pueda transformar y desdibujar». Interioriza estos personajes de cara a los espectáculos y a la improvisación, otro de sus mundos, donde se envuelve por la magia de lo efímero que vive cuando deja existir.

Jordi Cortés

Un hombre que sonríe a través de la claridad de sus ojos, que en el roce con los cuarenta se sigue sorprendiendo de los caminos por los que la danza y su cuerpo pueden llevarle. «Para mí ahora es la edad más interesante porque creo que es en la que más tienes que contar y cuando realmente has ganado un peso escénico», como un viejo árbol que a medida que el tiempo pasa por él aumenta en sabiduría y conocimiento.

Siempre había encontrado en el cuerpo un vehículo para la expresión. Sin embargo, no fue hasta los diecinueve años, empujado por unos amigos, que descubrió su actual profesión. «La primera vez que vi una clase noté que había algo instintivo que me llamaba, fue cómo si hubiese mordido un anzuelo y empecé a dejarme llevar». Y así es como, a mediados de los ochenta, reemplazó los estudios de Historia en la Universidad por los de Danza Contemporánea del Institut del Teatre de Barcelona.

Ha colaborado como bailarín en varias compañías catalanas, además de formar parte de la cooperativa iniciada por Lanònima Imperial. Su salto a Inglaterra, al trabajar con la compañía londinense de teatro físico DV8, le supuso un hito en su trayectoria. Desde entonces, se despertó su interés por el teatro y la potencialidad de la voz, que durante mucho



■ Francisco Lloberas en un assaig.
(Manu Trillo)

tiempo había sentido como una inquietud embrionaria ignorando hacia dónde le llevaría. En la actualidad, su trabajo como creador lo desempeña fundamentalmente en solitario aunque no duda en contar con el apoyo de otros artistas entre los que destaca a los escritores. De ahí que haya desarrollado un estilo narrativo personal y reticente al trabajo por encargo, pues necesita hacer suyo el escenario con la historia que va a contar.

Amante de la renovación y reinención continua de uno mismo, encuentra en otros países y culturas una salida a la dinámica establecida, favoreciendo así el proceso creativo. Se enriquece de experiencias que se convierten en el caldo de cultivo de sus piezas, en las cuales el componente personal destaca

por encima de los demás elementos que conforman la obra. Es capaz de construir un sólido nido allí adonde va, pero su campamento base permanece en Barcelona.

Álvaro de la Peña

Se lía un cigarrillo... Y otro... Entre tanto un torrente de palabras emana de su boca. Palabras que hablan de sus orígenes vascos y de que lleva tantos años en Barcelona como años dedicados a la danza, a la cual llegó casualmente después de algunos encuentros frustrados con el teatro, siendo ya adulto. Por esos años fue cofundador de la compañía Lanònima Imperial, junto a Juan Carlos García, y ya desde 1990 dirige su propia compañía, Iliacán.

Confiesa que lo suyo nunca ha sido estar encima de un escenario. «A mí siempre me ha gustado estar detrás [...] Me interesa hacer bailar a otros a través de un trabajo anterior de provocación y posterior de composición.» Para sus intérpretes construye composiciones muy vivas y actuales, a través de las cuales intenta hacer una danza de ahora, con reacciones, relaciones y movimientos como los entendemos hoy en día. Piezas llenas de vida como él mismo, de las que señala, además, que son una especie de salto al vacío en donde juega a la vez con el dolor y el placer, y en donde explora constantemente el sentido de la vida.

De su visión para comprender la realidad surgen las ideas que acaban conformando sus espectáculos, más cerca de la sugerencia que del dirigismo. «Procuró dar trampolines para que el público lleve las emociones a su manera». Y en la raíz de éstas emociones es donde se halla permanentemente su propósito: «Tratar de construir proyectos en los que con inocencia presumes que vas a interesar a la gente y vas a proporcionarles momentos de curiosidad, emoción e ilusión».

Sin embargo, este artista se cuestiona constantemente su lugar en esta profesión. «A veces creas para que te quieran más o para no aburrirte. O simplemente porque te pagan». La búsqueda de alicientes se convierte en primordial dentro de un oficio que define como duro y muchas veces ingrato.

Erre que erre

Seis cuerpos bailando. Seis mentes dialogando. Seis personas bajo un mismo impulso. Una filosofía común de trabajo llevó a María Ángeles Angulo, Susana Castro, Mario G. Sáez, Ricardo Salas, Teresa Naverrete y Marina Serrano a deslizarse conjuntamente dentro de la creación del movimiento.

Seducidos por la magia de la danza desde niños, desarrollan trayectorias individuales como intérpretes en varias compañías. En ocasiones, algunos de ellos comparten el terreno profesional, coincidiendo sobre todo en la desaparecida Danat Danza. Así, se despierta una amistosa complicidad que favorece al escenario y el día a día. Propuestas, réplicas... Silencio, escucha. Liderazgo alternativo y compartido. Con ese ímpetu creativo, Erre que Erre se da a conocer en 1996. Sin duda, un ejemplo de convivencia e ilusión. Poseen un aliento fresco e infatigable. Confluyen en la energía, el dinamismo y la mirada abstracta sobre el trabajo físico, al mismo tiempo que preservan sus instintos, tendencias y expectativas. No hay pérdida, solo encuentro e intercambio. Versatilidad, fruto también de la pulsión con otras artes. Desde la pintura al espacio sonoro y digital, a la pasión por el tango y la elocuencia de las palabras, que conllevan a una constante risa y las ganas de enfrentarse a nuevos retos. ¿Quién es cada uno?

Hay una constante inquietud por la actualidad, preocupación que marca una línea en sus composiciones. Estas piezas, engarzadas sobre un hilo de música electrónica y de duración variable, ocupan los teatros y la calle, saltan a la videodanza e incluso responden a los intereses de otros aceptando encargos para eventos u óperas, donde tratan de llevar la danza por diferentes espacios de representación. Desean generar multitud de pensamientos con el roce de las emociones. Osadía que les impulsa sin miedos ni prejuicios.

Ana Eulate

Malabarista de ideas. Voz dulce y pausada. Mujer que necesita pocas cosas para vivir, pero que se empeña en guardarlo todo. Ambigüedad que plasma en sus composiciones al hablar de

la multitud de misterios que nos habitan. «La dualidad, el derecho y el revés, la unidad que siempre es dos, el uno que se observa a sí mismo». No podía ser de otra manera. Sólo una o dos personas sobre un escenario desprovisto de aderezos, apenas unos cuantos objetos que ella misma escoge y delatan su vida.

Unida a la danza desde niña, en Santander, su tierra natal, el atrevimiento y la ingenuidad la empujan a la aventura creativa. Al perseguir una formación en contemporáneo, se va a Madrid y paralelamente cursa la carrera de Filosofía. Su siguiente salto lo da a Barcelona, donde forma la Compañía Pendiente en el año 1994, aventura en la que estuvo acompañada por Mercedes Recacha. Pero nunca pudo quedarse quieta y desde hace varios años ha fijado otra residencia en Francia con una segunda sede de la compañía.

Se le cruzan continuamente imágenes por la mente. Las explora a través de un lenguaje gestual, cada vez más próximo a indagar acerca del origen del movimiento en el cuerpo. Para ella existe la separación entre cuerpo imaginario, «todos aquellos que uno vive y siente de sí mismo y los que no conocemos pero andamos siempre buscando», y cuerpo cotidiano, «el que tiene sus hábitos y delata muchas cosas de la persona». Estos dos cuerpos los funde con una expresividad poética recreando personajes que se comunican por acciones físicas, conservando en el carácter una gran neutralidad.

Para adentrarse en ellos, se vacía y abandona entre bambalinas. No se siente Ana cuando actúa, sólo un reflejo de su persona, lo que le permite durante los procesos de creación y escenarios tratar de conservar una mirada externa sobre lo que sucede. Desea establecer una relación con el público evocando emociones, pensamientos o incluso impulsos físicos. «Yo todavía no sé qué es lo que

quiero contar, pero tampoco creo que tenga nada importante que decir, es simplemente el transmitir la propia búsqueda. Éste podría ser el resumen de mi historia con la danza.»

Alexis Eupierre

Vida y danza, sociedad y arte. Un observador de la existencia que nos rodea, donde se tropieza con las preocupaciones que le inundan y acaban componiendo sus piezas.

Su formación ha sido puramente dancística, y la desarrolló entre el Institut del Teatre de Barcelona y la Juliard School de Nueva York. Pero después de pasar varios años fuera, vuelve para establecerse en la ciudad que le vio crecer, al suponer un peso importante en su identidad las raíces que le acompañan. «Barcelona es mi ciudad y no estoy dispuesto a ceder mi espacio aunque haya dificultades. Es una pasión, me encanta. Mis historias y recuerdos están en estas calles.» Memoria que empapa su imaginación creadora y se proyecta bajo el nombre de la compañía Lapsus desde 1996.

«Me interesa todo lo que tenga que ver con la humanidad y creo que abordo este tema, de una manera abstracta, en cualquier coreografía». Se cuestiona quién es, cómo se siente y cómo le ven los demás. «Cuando trabajo con grupos me interesa abordar, profundizar y explorar a esas otras personas».

Pero por encima de todos los ingredientes que conforman un espectáculo, el factor más relevante en su trabajo es la presencia de la realidad actual, al creer que «el arte tiene que reflejar la sociedad en la que vivimos ahora». Considera que hay una serie de preocupaciones comunes a todos los artistas que generan líneas de creación similares. «Siempre hay confluencias en las temáticas del arte. La danza es un espejo de lo que sucede en el ex-



■ Un assaig de la companyia de postgrau de l'Institut del Teatre IT Dansa.
(Manu Trillo)

terior y aunque la gente lo perciba y elabore de forma diferente, hay unas sensaciones en común.»

Las razones que lo movieron a bailar en su época de adolescente son diferentes a las que hoy en día lo hacen seguir estando frente al público. Se expone a un continuo reciclaje de pensamientos y emociones, con lo que su obra adquiere más profundidad y exigencia. Inevitable y dolorosa madurez que afecta al proceso coreográfico a medida que se desprende de la inocencia de sus comienzos.

Sergi Faustino

Una actitud corporal que inspira serenidad dentro de la fuerza que proyecta. Un joven

creador independiente que madura a pasos agigantados su manera de ver el hecho escénico. Un hombre que huye de las clasificaciones que tratan de posicionar su trabajo.

Su primer contacto con la danza se produce cuando tenía veintitrés años, época en la que trabajaba en una residencia de ancianos. En seguida se dio cuenta de haber encontrado el camino para combinar dos de sus grandes inquietudes. Por un lado, el trabajo físico, que le era familiar por los años dedicados al deporte; y por otro, el trabajo creativo que le permitiría desarrollar sus propias ideas.

Su trabajo como creador ha discurrido, hasta el momento, a través de la elaboración de piezas en solitario. Desde la soledad del escenario juega constantemente con la narra-

ción y la abstracción. Usa la narrativa cuando necesita explicar algo al público a través de la naturalidad de su voz y los textos que él mismo escribe, pero es capaz de pasarse a la más pura de las abstracciones cuando es el movimiento el que domina. «En mis obras hay partes muy diferenciadas en las que la danza me funciona para comunicarme a un nivel no racional; no trato de explicar cosas a través de ella, sino comunicar sensaciones o estados». Busca maneras actuales de acercamiento al teatro y la danza, para intentar desenmascararlas de los tópicos que giran en torno a ellas.

Aborda la construcción de sus espectáculos desde diferentes flancos para hablar de lo que ve a su alrededor: «Creo que uno de mis intereses más claros son las cosas que consideramos normales pero luego no lo son, como las formas de locura cotidiana». Desea investigar sobre estas formas de comportamiento que nos rodean y que están disfrazadas de códigos estéticos, ideas u obsesiones, que recrea transformándose en diferentes personajes.

Un observador de los detalles que pasan desapercibidos y rescata para jugar con los límites donde se sitúa el público, tratando de alejarse de la provocación gratuita.

Juan Carlos García

Contrastes, excesos y erotismos. Entre el día y la noche, entre un extremo y el siguiente, se encuentra fluctuando este coreógrafo. Generoso en sus palabras y en el movimiento que ofrece, este último más allá del que el ojo puede capturar. Desde unos primeros pasos encaminados hacia el teatro político en el País Vasco, da el salto a Barcelona en 1977 y descubre en la danza «algo que calmaba mi pensamiento». Comienzos en los que juega intensamente con la improvisación. En

1986 decide formar y dirigir la cooperativa Lanònima Imperial acompañado por varios personajes del mundo dancístico de la época, pero en la actualidad sólo queda él de aquel primer grupo.

Lo más importante para este artista de cara a la creación son las personas que están detrás de los bailarines, «los realizadores de mis ideas». Incluso a veces no hay un tema que gire de fondo, simplemente reside el placer de construir a partir de la energía. Los hace bailar a través de sus palabras. Ordena un caos construido con imágenes que no pasan por la razón. Abstracción formulada visualmente en piezas que desean «comunicar apetito de vida».

Insaciable curiosidad por el ser humano y su memoria histórica, es consciente del peso que le produce el marco de las tradiciones de la sociedad que le rodea, íntimamente ligadas a la realidad de la danza. De ahí que se sumerja en la literatura para evocar el pasado y se deje seducir por toda ciencia o arte cargado de humanismo, pues invitan a un continuo «cuestionamiento sobre el ser». Inquietudes perennes y sin respuestas, alterables sólo en las formas, deudoras de haber jugado innumerables partidas en un oficio en el que perdura por creerse un insensato, «unos juegos que solo corresponden a mi locura».

Al traspasar las máscaras y las incógnitas, ve la danza como un acto terapéutico, interpretativo de la relación con el medio y sus realidades subjetivas. Pero al final, es en los detalles más sencillos donde se descubren los mayores placeres, como el narrar un cuento a su hijo, quien le ha ayudado a entender el mundo y entenderse a sí mismo.

Cesc Gelabert

La danza le sorprende por casualidad hacia finales de los sesenta. Una época en la que

masticó y sintetizó cada detalle que aprendía en soledad. Sus estudios de arquitectura le brindaron herramientas para diseccionar y reorganizar el agitado conocimiento, y poder enfrentarse a la creación artística desde otra visión. «La arquitectura me dio una forma de aprender, de organizar el lenguaje y de hacer funcionar mi mente que no encontraba en la danza».

Análítico y preciso, concibe el movimiento desde lo intelectual, corpóreo y sensorial. Le es imposible desligar estos tres orígenes, que giran al unísono en torno a un mismo núcleo para hacer «un instrumento realmente afilado». Sin este cuerpo entrenado «no se puede conseguir la cualidad necesaria que transforma un sencillo movimiento en danza».

Bailarín, coreógrafo, pedagogo y espectador. Compagina el trabajo de las coreografías de la compañía que formó con su compañera Lydia Azzopardi en 1985 (Gelabert-Azzopardi Companyia de Dansa), con los proyectos por encargo y los papeles como solista que se ajustan a su personalidad.

En la evolución de su escritura escénica hay dos estructuras, que provienen de sus facetas como intérprete y coreógrafo. Separa entre el modelo de bailarín, «qué es lo que yo entiendo por bailar [...] Llevo treinta años intentando definir esto»; y el patrimonio coreográfico, donde le gusta ser «un organizador de interpretaciones». Compone, organiza y mueve piezas con temáticas universales que desprenden sus propias inquietudes. Fragmentos de vida plenos de referencias con otras disciplinas, que seducen por su sabor variado. Pero, la mezcla, la explora cauteloso para evitar revestir el movimiento con envoltorios superfluos.

Pensamientos meditados que reflejan la obsesión de un perfeccionista. Ha elaborado un lenguaje dependiente de su experiencia y dedicación, y que además sugiere un íntimo

conocimiento de las artes. «Esta sabiduría que pueda haber acumulado, mi ilusión es poder ofrecérsela a la gente, siempre en la medida que la gente lo quiera.» Así, invita continuamente al público a participar en «el sueño compartido» que define al arte.

Mar Gómez

No se esconde. Al contrario. Muestra sin escrúpulos aquello que lleva dentro de una forma muy directa y sin ningún tipo de prejuicios, y parece estar contenta de hacerlo. Valiéndose de esta naturalidad nos revela que si bien la danza fue su opción profesional, a veces se plantea si se dedica a ella porque lo ha hecho toda la vida o porque realmente le apasiona, pero lo cierto es que, de una manera u otra, su camino siempre ha discurrido dentro de este terreno artístico.

Desde Valencia, su tierra natal, dio su primer gran salto a Madrid y de ahí llegó a Barcelona para especializarse en lo que se sería su carrera en danza contemporánea por el Institut del Teatre. Tras un largo período de aprendizaje, al acabar sus estudios forma su propio grupo en el año 1991, la Cia. Mar Gómez. Pero en un momento de la trayectoria con la compañía, deseosa de tranquilidad y de abrir nuevos horizontes, la madurez la invitó a no subirse de nuevo a un escenario. Es a partir de entonces cuando se dedica por completo a encauzar los pasos de otros bailarines. «Antes me movía desde el interior del escenario como intérprete y ahora desde fuera de él como directora de escena construyendo historias para otros». Dentro del baile contemporáneo se decanta por una danza deudora del teatro, el cine y la pintura. Y es que las historias que representa son cuadros en movimiento cuyas estructuras responden a verdaderos guiones, con principio, nudo y

desenlace. A todo esto añade importantes ribetes humorísticos, reflejo de su carácter optimista, los cuales resaltan en todas sus piezas. Ha conseguido desarrollar sobre el escenario un lenguaje que el público descifra, conectando con su forma de entender la danza.

Sin embargo, aclara que los argumentos plasmados sobre las tablas no se inspiran en su vida: «Mis historias no son autobiográficas porque no tengo la necesidad de hablar de mí». Una vez más, sus palabras descubren a una mujer que vive la danza como una profesión, tratando de mantener una vida al margen de su oficio. Aun así, le es imposible ocultar las huellas que la danza ha dejado en ella, siendo la más importante la gran disciplina personal que le ha otorgado.

Sònia Gómez

«El movimiento se encuentra en todos lados, es completamente vital. La danza es movimiento organizado, sólo una pequeña parte dentro de un gran mundo.» Así define esta artista la esencia de la danza, pero para hablar de ella podríamos usar el conflicto y la claridad. ¿Contradictorio? Como la contradicción a la que continuamente se expone entre sus ideas y el mundo externo.

El conflicto viene de la visión que tiene del movimiento frente a la forma definida que existe sobre lo que tiene que ser danza. Nunca ha compartido el concepto convencional al que debe responder una bailarina. Como consecuencia de este choque, no acabó ninguna de las dos carreras de danza contemporánea que empezó, ni en el Institut del Teatre de Barcelona ni en la escuela PARTS de Bélgica. En su ímpetu diferenciador, desarrolló la idea de montar espectáculos sin cuestionarse si se trataba de danza, teatro o danza-teatro, «cuando me preguntan lo del

género digo *danza-performance*». No titubea al afirmar que «en el teatro me dejan moverme a mi aire y eso todavía no lo he encontrado en la danza», reconociendo que tampoco le gusta moverse todos los días.

Una vez ha encontrado motivos necesarios para bailar, los «momentos de realidad dancística», como el baile que participa y se justifica en las celebraciones, sube al escenario para transmitir historias de la forma más clara posible a un público a quien somete al recurrente juego de la acción-reacción.

Sus piezas las desenvuelve como guiones antes de empezar a ensayarlas, en ellas el movimiento es improvisado y usa la palabra para un relato directo. «Cuando actúo hablo desde mí, no puedo coger un tema, analizarlo y hacerlo mío, no me funciona, porque ahí tendría que haber una parte de análisis que no tengo, yo soy más de tripa» y es curioso, pero normalmente habla de danza sobre el escenario. El acto creativo lo siente como algo salvaje y duro donde ha de involucrarse en solitario, pero a pesar del sufrimiento que le causa no puede desprenderse de él.

Roberto G. Alonso

Un cuentero que habla desde la unión de movimientos en el cuerpo. Con la pasión y la provocación que descubren sus palabras y expresividad gestual. No quiere ser innovador, ni diferente, sólo teñir de color la paleta que emplea la danza.

Su trayectoria se ha visto envuelta en una incesante lucha por conformarse un hueco, al sentir desde muy niño la llamada del baile. Desde la adolescencia, presiones externas trataron de inducirle a cambiar su vocación, pero nunca se dejó derrotar. Tomó decisiones en las que estuvo en todo momento respaldado por su familia y su pareja, que se con-

vierten en el eje esencial de estos comienzos. Sin miedo a defender aquello en lo que creía y con mucho empeño, se forja una adolescencia en solitario. Paso a paso, acaba sus estudios en el Institut del Teatre de Barcelona y forma su propia compañía en 1994: Roberto G. Alonso. Tranquilo, paciente, respondiendo a su ritmo y con sus propios vaivenes.

De su interés por los medios audiovisuales, se deduce una visión cinematográfica de la danza, a la que se une una clara tendencia a lo teatral, enriquecida por su participación como actor en varias obras. Confluencias que denotan una fórmula narrativa del hecho escénico, desde donde plantea conflictos mediante «una presentación, un nudo y un desenlace que puede quedar abierto o no». Ficciones sazonadas con atmósferas de misterio que ambienta ayudado por un vestuario que él mismo diseña. Recorre estas «historias que explican sentimientos» transformándose en personajes alejados de sí mismo, que le abandonan en los camerinos.

En el fondo de estos cuentos asoma el deseo de entablar un diálogo con los espectadores por medio de un discurso coherente, que proyecta sobre el escenario y también cuando conversa. Al final, es la ilusión por suscitar curiosidad y provocar reflexiones.

«Las experiencias y la vida privada han de servirte en tu profesión, y para mí la danza, dentro de lo que me gusta, apasiona y la disfruto, es una profesión». Una persona que no pretende demostrar nada, simplemente vivir haciendo aquello que siempre quiso y ofrecer al público otra alternativa dancística.

Emilio Gutiérrez

«Deberíamos empezar por mi bisabuela, que era bailarina [...]». Empezaríamos, pero probablemente no llegaríamos al final. La in-

quietud artística del movimiento habita en una familia que le colgó de una barra de clásico nada más nacer. Inconformista e insaciable, trató de cambiar un destino que parecía trazado, pero el escenario llegó a convertirse en su profesión.

Reconoce sin reparos que el atletismo era lo que realmente le obsesionaba y le hacía hervir la sangre. «De pequeño salía a la calle y no sabía andar, corría». Pero diferentes circunstancias se suman a un espíritu altamente competitivo, que le hacen intuir la imposibilidad de alcanzar la meta señalada devolviéndolo a la danza. Sueños desvanecidos e ilusiones emergentes.

Un comienzo por piezas breves con texturas variadas da paso a proyectos creativos de mayor envergadura, que le incitan a formar una compañía en 1998: Proyecto Gallina. Sin embargo, exhausto, ante reiteradas problemáticas en su empeño por mantenerla y una aguda autocrítica que le impide sacrificar sus ideas iniciales, le llevan a desmontar el grupo. «Si tu ambición creadora crece, pero no lo hace tu panorama, todo al final se acaba». Ingenua ensoñación silenciada por la realidad profesional.

Derroche de juventud, alegría y conocimiento, le invitan a reconstruirse y empezar desde cero sobre el escenario. Esta naturaleza le lanza, sin miedo, a asumir los riesgos de la próxima carrera.

Ha experimentado diversas manifestaciones artísticas como la pintura, la escultura e incluso la música, al componer las melodías que sacuden sus obras. Camina por innumerables idearios internos, donde su principal búsqueda es cuestionarse a sí mismo. Expone sus propuestas sin la intención de ser diferente, «no es cuestión de decir cosas nuevas sino de cómo decirlas». Procesos escénicos tendentes a la abstracción, que recubre con un

trabajo tremendamente físico, del que nunca se ha desprendido, y con ciertos toques de ironía que también proyecta desde sus palabras. Indiscutible aportación de un grano de arena, otra visión desde donde trata continuamente de realimentar la frescura creativa.

Lipi Hernández

La sonrisa y la mirada brillan con picardía. Mujer atrevida, llena de una curiosidad y una pasión artífices de su historia de amor con la danza. Ésta le ha aportado, sobre todo, generosidad y conocimiento, y le ha dado pie para crear, interpretar, dirigir e impartir enseñanzas. E incluso, para formar en 1995 la compañía Las Malqueridas.

Queriendo profundizar en su labor, se adentra en otras técnicas corporales que, según ella, dan buena cuenta de dónde parte el movimiento y que nada tienen que ver con la forma. Técnicas que la han acercado a comprender movimientos tan sencillos como la respiración, que para la artista es el que explica de manera más básica la danza. Con todo ello logra encarar el baile desde las entrañas.

Su *modus operandi* no es el mismo cuando crea que cuando enseña. «Puede que tenga un estilo en la formación, ya que enseño de una manera particular a mover el cuerpo y eso genera una estética. Pero a la hora de la creación no tengo un estilo, porque dependiendo del servicio al que pongo la idea, el movimiento se transforma.»

Le gusta trabajar en grupo y tiene buen ojo para elegir a quienes han de acompañarla. «Si los espectáculos salen bien no es porque yo los esté coreografiando y dirigiendo, sino porque he seleccionado a un buen equipo». Cada integrante firma la obra, porque «para mí, los creadores son todos los que hacen que sucedan esas cosas que no están en mi cabe-



■ Escena d'Inés Boza, de la companyia Senza Tempo, en un assaig. (Manu Trillo)

za y a las que nunca habría dado forma yo sola.»

El lugar al que llega en estas piezas habla en buena parte de inquietudes y preocupaciones personales, aunque no narra desde su experiencia, sino desde el imaginario común a todos. A no ser que se enfrente a un solo para plasmar un momento de transición. En todo caso, su deseo constante es abrir nuevos caminos al público, moradas que sin su intervención habrían permanecido cerradas.

Pepe Hevia

Atravesando el mar, como si de una particular danza se tratase, este apasionado cubano llegó a Barcelona en 1991 con tan sólo veinte años, de los cuales ya había entregado quince a la aventura del cuerpo.

De influencia afrocaribeña, tiene muy claro que nació para bailar, «esa es mi esencia, la siento por todo mi cuerpo». Una esencia que se alimenta del movimiento para conectar con sus raíces que dejó en Cuba. Allí, dentro de su familia, siempre se ha respirado mucho arte. Así que influido por tal ambiente, desde pequeño ya inventaba juegos locos donde

dejaba entrever una incipiente creatividad. «La creación para mí es un juego continuo conmigo mismo». Juega con su voz cantando, con su cuerpo bailando, con sus manos tocando.

Deja una huella muy personal en el escenario pues su danza fusiona poesía y movimiento. En sus espectáculos la vida se vuelve lirismo atrapado en vaivenes ondulantes, sensuales y emotivos. En este sentido cree que «la modernidad ha estropeado la danza quitándole poesía».

Aunque trabaje fundamentalmente la emoción no se olvida de la estética. Es más, se considera un maniático de la belleza, por lo que sus representaciones suelen contar con excepcionales atmósferas. Como en el buen cine, otra de sus pasiones. Con ellas desea enamorar al público, haciéndole entrar en su laberinto poético.

Siente que «la danza es un lenguaje, una necesidad, un modo de vida» y, por tanto, una disciplina que va más allá de los ensayos y del espectáculo. Un territorio artístico que define como duro, en el que hay que caminar mucho para poder volar e indagar en la técnica para después destruirla. Y añade que dejará de crear cuando ya no tenga nada que contar, pero hasta entonces, este luchador seguirá regalando su belleza a quienes deseen empaparse de ella.

Las Santas

Tres mujeres. Tres intérpretes. Tres amigas. Beatriz Fernández, Mónica Muntaner, Sílvia Sant. Un colectivo para la creación nacido a raíz de un espacio en las calles del Raval, La Poderosa.

Mujeres que se unieron de manera orgánica para experimentar sobre el movimiento en el año 2000, pero por aquella época llevaban

varios años presentes en la escena de la danza contemporánea de Barcelona. Tanto Mónica como Sílvia comienzan su trayectoria rozando la mayoría de edad; en cambio Bea desde pequeña anhelo agitarse sobre un escenario. Las tres se han ido construyendo carreras como intérpretes pasando por compañías catalanas y extranjeras. Alcanzaron un punto de inflexión donde el destino las cruzó y lanzó hacia la elaboración de proyectos conjuntos bajo una estructura flexible y ramificada, que permite a cada una proseguir su desarrollo individual. Todo lo que ocurre dentro de sus universos viene sellado bajo Las Santas, aunque sea un solo o un dúo, porque siempre se involucran en sus respectivos trabajos, apoyándose, creciendo y abriendo nuevos horizontes.

En la diferencia radica la riqueza. La investigación física de las ideas se fusionó con la narratividad y el surrealismo. Desde la impulsividad de Bea preocupada por el discurso mental que hay detrás de toda acción física, pasando por el oficio de narradora de Mónica, quien da ritmo a las palabras a través de sus historias, y llegando al trabajo enérgico de Sílvia, sin lógica aparente, en el que juega con lo absurdo y lo objetual. Aunque haya unas tendencias muy marcadas en cada una, cuando se reúnen, esa fuerza individual que desprenden deja la puerta abierta a nuevas propuestas, para llegar a habitar otros espacios más allá de sus propias realidades.

Estas luchadoras también han podido apoyar al sector dancístico desde otro prisma, como programadoras del espacio que ellas mismas dirigen y autogestionan. Como Mónica explica: «El tener nuestro espacio y formar un colectivo no sólo ha beneficiado a la faceta de creadoras, también hemos podido hacer programaciones, intercambios, cursos, ser un puente para la gente joven... indagar

sobre otros caminos que te enriquecen y te hacen estar vivo».

Francisco Lloberas

Persona humilde, sencilla y con los pies en la tierra. Encuentra en la danza una forma de vida, una opción que nunca ha dejado que le absorba totalmente y que, según él, «no me ha hecho ni mejor ni peor persona, no soy más sensible ahora que antes de empezar a bailar».

Descubre la danza a través de la escuela de Anna Maleras a finales de la adolescencia, y de ahí pasa por el Institut del Teatre de Barcelona y La Fábrica, como la mayoría de sus compañeros y compañeras de la década de los ochenta. Se define así mismo como bailarín contemporáneo, «por la libertad que permite el estilo», pero influenciado intensamente por el jazz, muy presente en su formación.

Su trabajo como creador ha necesitado unos años de maduración en los que no ha elaborado piezas propias, sino que ha colaborado con otras compañías para festivales, espectáculos de calle e infantiles. Pero sobre todo, en este tiempo de búsqueda de formas propias de expresión, se ha centrado en la pedagogía. Después del período de reflexión sobre su lugar en la danza, ahora vuelve a tener la fuerza para meterse otra vez en la tormenta y enfrentarse a la creación «con mayor honestidad y serenidad». A pesar de los años que lleva dentro de este oficio, todavía vive en él el alumno que quiere seguir descubriendo nuevos recursos que amplíen su visión de la danza.

Como coreógrafo independiente le interesan los pequeños detalles cotidianos, las historias que suceden en el día a día. Historias que llevan intrínsecas una teatralidad y en las que hay un juego constante con la música, pero que no hablan de él y tampoco

buscan respuestas a lo divino. Ni se sirve de las nuevas tecnologías, tan vinculadas últimamente al arte contemporáneo, ni recurre a elementos escenográficos complejos, «sólo utilizo elementos cotidianos como una mesa o un teléfono, porque si consigo llegar al fondo de las historias únicamente con el movimiento siento que es la manera más verdadera de comunicar». Cuando baila podemos ver una total entrega en su mirada, probablemente una de las mejores herramientas que tiene como artista.

Carles Mallo

Del escondite al teatro-danza. De su habitación de juegos al escenario. De la inocencia al cansancio por los años dedicados al mundo escogido. Un hombre que se transforma cada vez que sale al espacio escénico, pero que en el día a día se oculta detrás de una timidez encantadora que deja paso a las risas y a la broma constante.

Y bromeando es como, a los veinte años, llega a las artes escénicas, por el teatro de texto, pero rápidamente se decanta hacia un trabajo más físico y gestual, tratando de no separar ambos mundos sino de caminar entre medio. «El teatro realmente nunca me llenó, me dejaba muy poco espacio para mi imaginación, me gustaba más coger un libro y volar que ver la historia contada».

Tiene una manera de entender la danza y la vida llena de alegría, donde dando vueltas y vueltas se encontró con Inés Boza. Juntos se metieron dentro de una espiral de la cual nació su primera pieza en el año 1991, *Senza Tempo*, que dio nombre a la compañía. De esta forma se inició también su trayectoria como creador: «Pienso que sin Inés nunca habría hecho nada, yo no soy un creador de solos y en la compañía todas las obras las hemos firmado los dos». Dentro de esta rela-

ción artística existen roles donde cada uno se desenvuelve con mayor comodidad.

Sin dudarlo, su lugar favorito es el de intérprete, porque frente al público es donde fluye esa otra persona que lleva dentro, donde la vergüenza se torna en su mejor arma para comunicar. Desata un personaje que todavía conserva la ilusión del juego infantil que define la actuación, pero cuya inocencia se va desgastando por el contexto que le rodea. Quiere seguir contando esos episodios del día a día con los diferentes ritmos, colores y humores con los que los ve y seguir ofreciendo la poesía visual que a él mismo cautiva y hace viajar. Pero su proceso creativo está cambiando, influido por las cosas que sigue descubriendo: «Mi vida ha sido la danza, prácticamente no ha habido nada más, pero hace poco he tenido una pequeña y ha hecho que perciba todo este mundo desde otro punto de vista».

Àngels Margarit

Sus ojos grandes y bien abiertos penetran en todo aquello que miran desatando curiosidad. De voz templada y discurso coherente, afirma haber escogido la danza como opción personal, pero siempre se ha sentido próxima al arte visual. Aun así, «bailar me da paz a mi misma, me sosiega, me ayuda a dar un sentido a mi vida».

Creadora de nacimiento, sus mejores ideas han volado desde el huerto de su madre, a la servilleta de una cafetería y de ahí al escenario. Con tan sólo diecisiete años acabó sus estudios en el Institut del Teatre de Barcelona y después de su paso por Heura, grupo revelación de la escena barcelonesa de finales de los setenta, creó su compañía, Àngels Margarit/Mudances en 1985. Ésta ha supuesto un referente para las primeras generaciones de danza contemporánea en el ámbito nacional.

A lo largo de los años han evolucionado dos artistas: la coreógrafa y la intérprete, aunque siente que todavía le queda un dilatado camino por recorrer como creadora, para así poder transmitir a sus intérpretes las herramientas que maneja intuitivamente como bailarina. Sin embargo, en ambas se reconocen los matices de un lenguaje particular. «Creo que una de las cosas que he devuelto a la danza y a la técnica es la organicidad del movimiento. Mi trabajo como coreógrafa sigue siendo muy arquitectónico, muy plástico. Mis movimientos dejan el trazo en el espacio, viven del espacio, van siempre al límite de las posibilidades físicas buscando la sensualidad.»

En la construcción de su oficio, al principio estaba más orientada hacia el desarrollo de una expresividad propia a partir de su energía y de unos conceptos estéticos de austeridad y verdad en el movimiento. Pero con el tiempo, al haber florecido una escritura escénica con una poética visual y física traducida a su medida, sus inquietudes se centraron más en los recovecos internos de las personas.

En sus obras elabora un orden al mundo que la envuelve, donde dibuja las percepciones que recibe del entorno. «No hablo de cosas sino que hay cosas que me hablan y trato de reflexionar sobre ellas a través del movimiento y una puesta en escena más metafórica que la palabra». Ella es, sin duda, una arquitecta del cuerpo en el espacio.

Toni Mira

Cuando habla, así como cuando se desliza sobre un escenario, desnuda su interior con la ayuda de ojos y manos. Sólo mediante estas últimas es capaz de invadir todo el espacio.

Se trata de un artista polifacético que ha ido construyendo un lenguaje propio dentro de la danza contemporánea. Un estilo que

él mismo define como el de una esponja, y que se ha ido nutriendo de todo aquello que le ha interesado, derivando en un lenguaje personal reconocible en todas sus obras. En ellas vierte una amalgama de conocimientos adquiridos durante veinticinco años de esforzada dedicación a este arte.

Sus nociones de interpretación, pantomima, claqué, jazz, arquitectura, escenografía, música y hasta iluminación, hacen que casi siempre lo encontremos agazapado tras cada recoveco de aquello que compone.

Es un artesano de la franja escénica. No obstante, por encima de todo se considera coreógrafo, «de lo que más sé es de espacio, tiempo y cuerpo». No en vano estos elementos representan la esencia del baile.

Desde 1987 dirige la compañía de danza Nats Nus, y en todos estos años ha bebido de la propia existencia para concebir sus obras. «Dialogo sobre la vida, la comunicación e incomunicación conmigo mismo, con la pareja y con las personas». Pero no enfrenta la creación basándose en la necesidad de contar algo. Crea por el simple placer de crear, «no considero que tenga ninguna verdad en mi vida como para contársela a nadie, pero me pasan cosas y me gusta compartirlas con el público». Y evidentemente al final hay una historia intrínseca en cada espectáculo.

Manifiesta sentirse fascinado por el hecho creativo, ya que le permite pensar algo inédito y a continuación conseguir hacerlo tangible. Su hijo y la vida alrededor de la danza le aportan todo aquello que necesita, «creo que si no bailase sería un ser insoportable, me hace ser más sensible y cariñoso». No sabe qué hará cuando deje de bailar, por lo que espera no dejar de hacerlo nunca.

Damián Muñoz

A los dos días de asistir a clases de danza, siendo un adolescente, alguien se fijó en él y lo introdujo en una compañía de Vitoria. Se trata, por tanto, de un bailarín forjado en las tablas, que nunca dudó de que su lugar estuviera en el escenario, pero, en cambio, le costó hallar lo que realmente deseaba bailar. Esto último explica que durante algunos años compatibilizase la danza con estudios de ingeniería y trabajos como creativo de publicidad, hasta que en 1996 formó su propia compañía, Damián Muñoz Danza.

Tiene una curiosa metodología de trabajo, debida en buena parte a la gran pasión que demuestra por el cine. De ahí que estructure y desarrolle sus espectáculos sobre el papel antes de ejecutarlos. «Hago mucho trabajo de mesa —de pensar—, siendo a menudo esta labor más larga que la de ensayo. Incluso a veces sólo existe el trabajo de mesa cuando las historias dependen únicamente de mí. En estos casos no ensayo, sino que directamente represento, porque tengo muy claros los conceptos.» Sin embargo, reconoce que su método tiende a enriquecerse cada día con nuevas fórmulas. «La forma de llegar a una obra va cambiando, si no, siempre llegas al mismo sitio.»

En función de quiénes se sitúen en el patio de butacas, su capacidad narrativa fluctúa. Si recurre a otros intérpretes para construir una pieza, el discurso es más concreto y diáfano. Así evita interpretaciones personales que desvirtúen lo que quiere contar. En cambio, todo es distinto si baila en soledad. «Cuando tengo que hacer un solo suelo ir por lo opuesto. Como no se lo tengo que contar a nadie puedo trabajar a un nivel muy íntimo y abstracto, yendo directamente al alma del movimiento.»

Experimenta una necesidad enfermiza de crear que, *a priori*, podría saciar con cualquier otro arte. Pero finalmente confiesa sentirse atrapado por el escenario. Allí abraza una calma inusitada que puede transportarle hacia un plácido sueño.

María Muñoz

La firmeza de su mirada resalta con la suavidad de su voz. Libertad y disciplina, dureza y ternura. Una mujer plena de contrastes que escucha y dialoga. Es como un pájaro que levanta las alas y vuela para conservar su libertad.

Inquietud física y artística. Diferentes sendas la guiaron hacia el atletismo y la música desde niña, pero ninguno de estos dos caminos calmó su grito interno. «Siempre tuve la certeza de que el mundo de la competición no me interesaba». Probó la danza y nunca volvió al sitio desde donde había partido. Esos primeros años de inocencia y de búsqueda de un lenguaje con el que poder hablar en voz alta la llevan a formar el grupo Mal Pelo en 1989, junto a Pep Ramis, su compañero de universos caóticos.

«Hay una columna vertebral de continuidad muy fuerte, pero también hay etapas y cambios». Se instalan en un ambiente rural para alejarse de los innumerables estímulos que se proyectan sin cesar en una ciudad. Para ella, la naturaleza y el silencio externo son como piedras preciosas.

«Mi alimento es ser intérprete, es lo que me ha dado las herramientas, la sensibilidad y el acercamiento al hecho escénico». Primero descubre las claves de su propio movimiento para después poder crearlo. Como codirectora artística de la compañía, trata de capturar la visión global de las obras que compone. Hojas vacías que se llenan de infinitud de co-

lores, donde «algo pequeño se convierte en el catalizador de todo un cuerpo de cosas». Procesos creativos de narrativa encubierta, hilvanados a partir de escritos filosóficos, música e imágenes, donde reflexionan sobre la condición humana.

Posee fragmentos de intimidad que la unen de una manera muy primitiva a la danza y desea que no se le escapen. «He intentado preservar la manera de asociar el movimiento con mi mundo interior, con toda mi imaginaria que me mueve cinética, emotiva y visualmente». Un movimiento tremendamente físico que parte de una fuerte concentración emocional y mental. Sin formalizaciones, siempre improvisado pero con estructuras escénicas. Indefinido e inquieto, persigue el sosiego interior.

Rosa Muñoz

Es una bailarina y coreógrafa que rebosa sencillez y serenidad, cualidades que le han permitido desarrollar un estilo muy personal cargado de ternura. Tropezándose con la danza a los dieciocho años ha logrado hacerse un hueco en el mundo de la escena contemporánea, formalizando sus estudios en el Institut del Teatre de Barcelona. Poco después de acabarlos se une a Carles Salas en el proyecto de crear la compañía Búbulus, pero desde 1993 desarrolla su trabajo en la Cia. Andrés Corchero-Rosa Muñoz, en cuyo seno ha experimentado una fructífera trayectoria entre solos, dúos y trabajos en grupo, sintiéndose principalmente una creadora de solos.

El lenguaje expresivo que utiliza combina movimiento, voz e interpretación. «Cuando creo parto de personajes, actitudes, sensaciones y eso me provoca un estado que no es sólo el puro movimiento». A través de este lenguaje cuenta historias de su universo particular: «Hablo de las cosas que me duelen,



■ La coreògrafa Sol Picó, en la intimitat de després d'un assaig.
(Manu Trillo)

de las cosas que me alegran, de cómo soy durante el día..., aunque coja un tema muy concreto o un texto siempre trato de hacerlo mío». Con esta manera de abordar la creación, consigue comunicarse muy bien con el público porque siempre es ella misma sobre el escenario. Lo que más le gusta es sentir la complicidad del patio de butacas y cómo los espectadores pueden llegar a identificarse con la cotidianidad que aborda en sus representaciones. Demandando ante todo, el respeto de los ojos que la miran hacia su trabajo.

Muchos estarán de acuerdo cuando apunta que la danza nace del interior, «como todo arte, es una salida espiritual que el ser humano tiene de desfogue de sus pasiones». Y al igual que toda manifestación artística per-

sigue «la búsqueda de un contacto con algo que no se sabe lo que es y que va más allá de lo explicable». Vive como un privilegio el poder dedicarse a este arte, donde el movimiento es una pura necesidad de las personas.

Thomas Noone

Tras acabar la carrera de Geología en la universidad, con veintiún años comienza a estudiar, en la Rambert School of Dance de Londres, su ciudad natal. Posteriormente, y durante varios años, desarrolla su profesión como intérprete por Europa, motivo que le trajo a Barcelona en 1997, donde se asienta y forma su propia compañía en el año 2000, Thomas Noone Dance. En estos años

de evolución como coreógrafo ha trabajado estrechamente con su compañera y también bailarina Nuria Martínez.

Su sangre indocaribeña y angloirlandesa conforman una mezcla que se hace patente tanto en su carácter como en la manera de pensar la danza. No le gusta definirse ni abordar la creación a partir de los mismos parámetros, porque todo es demasiado ambiguo y alterable como para imponerse límites. De ahí que su trabajo coreográfico esté en continuo cambio según la obra. Formula temáticas variopintas desde la abstracción, determinadas por el momento en el que se halla, pero al mismo tiempo, elude incluir retazos de sus experiencias personales. «Intento siempre comenzar cosas nuevas, no me gusta repetir, pero te das cuenta de que tienes un lenguaje y no quieres estar demasiado limitado pero tampoco quieres perder tu identidad, ahí está la lucha».

Reconoce la esencia de la danza en «el puro movimiento corporal». El cuerpo, como él se lo imagina, actúa como medio zarandeado por una perseguida musicalidad, bañando el movimiento en una combinación lírica y estética. Enlazando estos elementos, pretende establecer un diálogo emocional con el público desde la fuerza visual de la composición de sus obras.

«Cuando empecé a bailar era más instintivo, ahora es diferente porque me encuentro haciendo una danza escénica. Ahora es mi profesión». Pretextos de baile que han cambiado con los años. Pero sigue siendo un oficio en el que se exige cada vez más a sí mismo, desde el pleno convencimiento de saber qué es lo que busca. Seguridad que explica su absoluto control de las frases coreográficas que construyen los espectáculos.

Sol Picó

Sus ojos de niña traviesa miran vivazmente a un pasado ligado durante treinta años a la danza. Hoy, tras mucho tiempo de lucha, por fin ha saboreado las mieles de su carrera y se enfrenta, con esa energía que desprende, a un futuro que es incierto y del que cabe esperar cualquier cosa.

A pesar de poseer un carácter indeciso, desde muy temprana edad ha sabido que la danza era su vida, «es la esencia de mi persona». Al tener esta seguridad, a los diecisiete años ya había acabado los estudios de danza clásica y española en el Conservatori Óscar Esplà de Alicante. Fue a partir de ahí cuando empezó su andadura por diversos lugares empapándose de todo aquello que encontraba, hasta formar su propia compañía en el año 1993, Sol Picó.

Coreógrafa y bailarina, infunde gran riqueza al baile, producto del tránsito por disciplinas tan diversas como el clásico, el español, el flamenco, el contemporáneo o el teatro. La artista pone todo este bagaje al servicio de un tema tan universal como el amor, siempre presente en sus composiciones y del cual dice que «debería mover el mundo».

Sensible, fuerte y tremendamente dinámica, se reinventa constantemente a sí misma, siendo la emoción e intuición sus empujes para gastar esta energía en el baile: «Nacen de las vísceras y del corazón. Yo no pienso. Después de haberlas vomitado las intelectualizo.»

Las ganas de comunicar estas emociones —de penetrar en el espectador, no dejándolo inmune— completan su ímpetu creador. «Siempre tengo presente que estoy haciendo cosas para enseñarlas. El público es una parte más del proceso creativo.» Por ello ha tenido que realizar un refinamiento en su forma

de construir y decir las cosas, conservando siempre la ilusión que la caracteriza. «Estoy de acuerdo con el terrorismo cultural, pero hay que enseñárselo a la gente de manera que pueda recibir el bombardeo.»

Piensa que la danza es una carrera de resistencia en la que al final obtiene recompensa sólo quien aguanta.

Pep Ramis

La serenidad que proyecta es un reflejo de su dispersión enlazadora de percepciones. Infinitud de mundos de fantasías le extrapolan a vagar sin cese por la invisibilidad del aire. Fluir, imaginar, sonreír, simplemente alegría de vivir.

Un niño provocado desde la infancia por la música y la pintura, que se desliza por el violonchelo y el lápiz, donde encuentra una ayuda para entender el «vacío ante la creación y el papel en blanco». Descubre la danza con veinticuatro años, pero nunca cerró los sentidos a otras posibilidades. No desea especializarse ni definirse, al tener la necesidad de alimentarse de otras miradas sobre lo que hace, «no perdiendo contacto con el mundo real», para contrarrestar continuamente su trabajo.

No se proyectó en solitario por el abismo de la danza. María Muñoz, con quien forma la compañía Mal Pelo en 1989, fue la persona que le precipitó al movimiento. «Yo no entiendo la danza sin tener a María al lado». Trayectorias profesionales y personales donde ambos han sido partícipes del cambio y crecimiento del otro. Juntos han emplazado el trabajo urbano de la danza en un entorno rural, buscando la tensión espacial donde uno consigue ponerse «en contacto con lo que le queda de animal a ese hombre tan racional e intelectual que somos. Hay un ritmo y pulsión natural que me estimula mucho

más que la ciudad». La creación la vive como un juego de receptividades constantes del medio, donde confluye la memoria genética, histórica y cultural que le hacen ser quién es. Su obsesión es aprender a escuchar, para leer la historia inscrita en su propio cuerpo y poder oír la dimensión del silencio, «donde uno se tiene que posicionar porque acude la fragilidad a saludarte». Ese espacio de fragilidad «que nunca se puede fijar, es el lugar desde donde yo trabajo y cada cinco minutos es variable». Un precipicio a traspasar, donde las fisuras de la propia vida, se convierten en la energía que conecta su imaginario con su historia y el movimiento. Enlaces vitales para trabajar con «la verdad escénica sobre la que se produce la comunicación».

Observador de los pequeños grandes cambios de la naturaleza que se asemejan a los del cuerpo, donde se detiene porque no tiene prisa por llegar. ¿A dónde?, no lo sabe.

María Rovira

Ella lo sabía, presentía que iba a ser una organizadora de balanceos, aún sin ser muy consciente de lo que significaba. Simplemente se escuchaba.

Una formación temprana la llevó a los nueve años al Institut del Teatre de Barcelona, y de ahí a volar, a aterrizar en incontables ciudades, siempre más fuera que dentro de su entorno. A pesar de ello, asentó las bases de su compañía Trànsit en Barcelona hacia el año 1984.

Entusiasta y segura. Artista y madre. Profesora e investigadora del movimiento en su parte física y espiritual, más tendente a la coreografía que a la interpretación. Conviven en ella dos artesanas, la que inventa para su propia compañía, «donde busco mis raíces y mi centro en un momento en el que me he

perdido); y la que trabaja por encargo, «estas obras son las que me han ayudado a saber argumentar mi propio trabajo». Pero en ambos casos, la ilusión y el optimismo fluyen al trabajar con nuevos bailarines, arriesgándose en dar salida a jóvenes intérpretes, aunque a veces pueda equivocarse.

La soledad la acompaña cuando se enfrenta a un nuevo reto. Analiza desde la intimidad el tipo de vaivenes con los que desea comunicar. Para ello necesita escaparse a la naturaleza, sentir la libertad del espacio en continuo devenir. «Para mí bailar es un estado en el que entro en comunión con sentimientos muy profundos. Me cura y me ayuda a estar en armonía conmigo misma y el universo.»

Picotea también de otras artes. Por un lado, la música, y principalmente el piano, la han ayudado a tener la mente ordenada ante la composición. Las artes plásticas son otro referente que salpican su cromatismo y esculpen un ideario que ve la vida como un incesante correr de sensaciones.

A pesar de estar contenta y satisfecha del camino andado, siente que nunca ha sido objetiva frente a la danza, y después de más de veinteaños dedicados a esta «profesión invisible», empieza a sentir los desánimos del tiempo. Pero no ha dejado de reivindicar su oficio, de estudiar, de viajar, de aprender de las personas que se siguen cruzando en su camino y sobre todo, de respetar el trabajo de los demás.

Carles Salas

Pretendía estudiar arte dramático, pero su vocación se truncó. Casual e inesperadamente, cuando un día acompañó a una amiga a hacer las pruebas de danza del Institut del Teatre de Barcelona, resultó elegido. Así es como se adentró en este universo convirtiéndolo en su profesión, que siente como «una forma de vida

que se mete dentro de ti y tú te metes dentro de ella. Forma parte del día a día, si cambias, también la transformas». Le ha supuesto, en definitiva, un referente existencial responsable de «cómo entender las cosas, cómo entender el mundo y la forma de querer».

De talante positivo y alegre, este coreógrafo ya confeccionaba sus piezas antes de concluir sus estudios. Esta inquietud y actividad le lleva a formar *Búbulus Dansa* en 1991, en cuyos comienzos estuvo acompañado por la también coreógrafa Rosa Muñoz. Desde el 2000, al creer que igualmente es responsabilidad de creadores y bailarines educar al público del futuro, se embarca en un proyecto infantil derivado de su compañía: *Búbulus Menuts*. Pero el compromiso de su oficio no se centra únicamente sobre el escenario. Es un amante de la pedagogía y, como tal, imparte conocimientos desde el aula.

Le resulta imposible definir su estilo, «es caótico, desordenado, de muchas maneras, me gusta mucho probar cosas y no puedo decir que tenga una línea concreta». Sin embargo, es característica en su proceso de creación la manera en que ofrece un tema a los intérpretes para que ellos sugieran el contenido basándose en sus propias vivencias. No obstante, reconoce haber evolucionado al configurar sus obras. Desde un tono más explícito se ha deslizado hacia la abstracción de ahora, que paradójicamente considera más sencilla y próxima a la vida. «Ahora lo que hago es más real y quizás por eso es más difícil de entender, porque nuestra vida es más compleja que un anuncio de televisión».

Montse Sánchez

Enamorada del escenario como una buena flamenca, ya bailaba al compás de esta música antes de dar su primer paso. Tenía inscrito

el arte del alma. Instinto y visceralidad la empujan al Institut del Teatre de Barcelona para estudiar Danza Española y Flamenco. En este medio coincide con Ramón Baeza, quien cursaba la especialidad de contemporáneo, y se inicia así una gran amistad.

Al cabo de unos años la profesión los volvió a unir. Como si de una broma se tratara, decidieron colaborar investigando sobre la fusión de ambos estilos. En ese momento es cuando surge Incredación Danza en el año 1993. Experimentación escénica que le dio alas para expresar la visión que tenía sobre el flamenco.

Desde su paso por el departamento de español nunca se sintió totalmente involucrada con los tópicos y estructuras escénicas que rodeaban a esta danza temperamental: «Me gustaba su fuerza y su ritmo, pero no lo que suponía ni la manera de estar sobre el escenario». Filtró esta disciplina artística por su persona y la rebeldía que desprende, tratando de despojarla de artificiosos folclorismos. En el proceso asumió matices de la contemporaneidad de la danza a través de la mezcla con otras técnicas y contenidos, y halló algo que no encontraba en el flamenco y que ella reclamaba, cierta desnudez y naturalidad.

«Entre Ramón y yo hemos conseguido una buena combinación. Él asume más la producción y el funcionamiento legal y yo el del aula.» Pero no se queda únicamente en el aula de ensayo. Desde sus comienzos se dedica a la pedagogía, además de la fascinación que le supone enredarse en todos los aspectos positivos que formalizan los espectáculos.

Interpretación, creación y docencia. ¿Por cuál decantarse? Incluso así, su ímpetu palidece. Frente al paso del tiempo, el temperamento y la ilusión se aquejan por el inevitable cansancio. «Siempre he estado rodeada de movimiento, no me puedo creer que nunca haya trabajado de

nada más en mi vida. Es muy loco, pero a veces te cuestionas el no saber hacer ninguna otra cosa y ni siquiera sabes si esto lo haces bien.»

Artur Villalba

Saborea las palabras mientras un cigarrillo tras otro se consume en sus manos. Sabe disfrutar del tiempo que pasa y de conversar sobre su pasión: la danza, con la que tropezó por casualidad cuando era ya adulto. En un momento decisivo de su vida, la utilizó para suplir un vacío emocional. «La danza me ha ayudado a vivir y a entender la vida de una forma determinada, soy coreógrafo por necesidad».

A la edad de veinticinco años se dio cuenta de que había encontrado en este medio «el lenguaje para poder comunicarme», al considerar que su fuerte no era la palabra. Parece una contradicción, tras oír como éstas fluyen de su boca, sutiles y cercanas, devolviéndote a su sonrisa. «El lenguaje del movimiento me parece fascinante porque puedes decir muchas cosas [...] Podemos ser mucho más sinceros que con la palabra», aunque tampoco la descarta, en sus espectáculos, para explicar todo aquello que no puede expresar con el gesto.

Desde entonces, sin pretender convertirse en un profesional de este difícil mundo, se desdobra entre su empleo en un banco y los escenarios, porque según dice: «mi vida no es solamente la danza, es un fragmento de ella».

Y tal vez sea debido a su vocación tardía o a su propia naturaleza visceral, de estirpe romántica y silenciosa, que otorga tanto o más valor a las relaciones humanas y a los sentimientos que a la técnica en sí. Así sitúa al bailarín como esencia misma de la danza, «en mis obras hablo a partir de mí, de lo que siento y he vivido, me resultaría muy difícil

hablar de algo que no me es propio [...] Donde mejor me expreso es a través de lo que creo, pero en la creación también hay una dosis de sufrimiento.» Desvela una existencia llena de rincones e historias entrecruzadas formuladas a partir de un lenguaje traductor de ideas, que esconde siempre emociones.

Andrés Waksman

Alas para moverse. Alas para buscar. Alas para volar pero también para acercarse a la danza a la tierra. Alas, Procesos Creativos, es el espacio donde Andrés Waksman, un uruguayo que aterrizó en Barcelona en 1999, lleva a cabo su trabajo de creación, centrado en la actualidad en un «laboratorio de solos».

Este artista se movió en un principio por los caminos del teatro, pero fue en la danza donde encontró su salvavidas y la vía para poder comunicarse libremente. «En el teatro desarrollaba más la parte intelectual y en el movimiento descubrí una manera de acceder a las emociones».

Las influencias absorbidas le han situado entre la danza-teatro y el teatro físico, dedicándose también a nivel profesional al arte-

terapia, aplicando las cualidades terapéuticas del teatro y el movimiento; pues considera que «como trabajo artístico la creación tiene que tener un fin fundamental que es el de hacernos mejor personas y aportar algo bueno al mundo».

Persona calmada y observadora, interesada en debatir sobre la conducta, comportamiento y carácter de los seres humanos. Necesita para ello un proceso de investigación donde el material que usa parte de su propia vida «pero luego se produce un salto a la creación de un personaje universal e identificable por el público, poniendo distancia con lo que es mi material personal para no quedarme en una visión subjetiva de lo que estoy tratando».

Le interesa poder llegar a la gente desde las emociones verdaderas, alejándose de la provocación, teniendo presente que muestra su obra a un público que debe respetar y en ningún caso subestimar. «Cuanta más conciencia le pones a tu proceso de creación más sabes y comprendes lo que estás haciendo y más claramente le llega al público, sin olvidar que está abierto a entender una pieza en base a sus propias experiencias».